

Saqueadores de espuma

La ciudad y sus grietas

LURDES MARTÍNEZ

Prólogo de Julio Monteverde

Colección Ab Urbe Condita, I

Todas las fotografías del libro son de la autora, salvo las que figuran en las páginas 27 (Pedro Perún), p. 33 (Xavier Miserachs, 1962), p. 96 (se trata de dos postales), p. 98 (Eugenio Castro), p. 123 (postal), p. 150 y 157 (fotogramas del filme *L'Atalante*, de Jean Vigo, 1934), y p. 164 (fotograma del filme *La novia del pirata*, de Nelly Kaplan, 1969).

Primera edición: Enero 2020

Título: *Saqueadores de espuma*

Subtítulo: *La ciudad y sus grietas*

Autor: *Lurdes Martínez*

Diseño de la colección: *Miguel Sánchez Lindo*

Corrección ortotipográfica: *Ana Ortega Bermúdez*

Impreso por: *Kadmos*

ISBN: *978-84-120322-6-0*

Depósito legal: *M-640-2020*

Para pedidos e insultos: *revistaculdesac@gmail.com*

Se puede reproducir este texto tranquilamente

Índice

- 7 *Maneras de habitar un naufragio. Lurdes Martínez o el esplendor de lo real*, Julio Monteverde
- 19 I. La experiencia arruinada
- 39 II. La ciudad y sus grietas
 Recorriendo la ciudad amnésica
 Pasaje Vauban
 La «velle dame sans merci». Turismo versus viaje
 La ciudad erótico-velada
 Diferentes niveles de concreción fantasmal
 en el centro histórico de Valencia
 Juego de la casa en sombras
- 91 III. Exterioridad
 Saqueadores de espuma
 Perfil pasional de la orografía
 Los inspirados del borde del mar
- 139 IV. La experiencia reencantada
 L'Atalante: audacia poética y entusiasmo
 revolucionario
 Desabrochen los cuellos blancos de sus conciencias
- 171 Nota sobre la procedencia de los textos

I

La experiencia arruinada

Hace tiempo que asistimos, testigos atónitos e impotentes, a la disolución de las significaciones de lo real en favor de sucedáneos, meras réplicas amortajadas por la presencia ajena de los presupuestos capitalistas. En el transcurso de esta devastación implacable se ha visto amenazada la cultura material y espiritual: naturaleza y ciudad histórica, creencias y formas de vida. Su condición íntima ha sufrido el ahuecamiento mortífero indispensable para el libre trasiego de la mercancía, protagonista del escenario de la economía como esfera escindida.

Tal degradación del paisaje natural y humano, donde se ancla la experiencia y encuentra inspiración la dimensión psíquica y afectiva de la persona, ha ido acompañada de una desalentadora uniformización de los espacios donde la vida transcurre.

Si la ciudad se ha forjado con las alegrías y tragedias de quienes la habitan, si ha sido caja de resonancia donde reverbera

el eco de lo humano y su heterogénea historia, adentrarse en la ciudad de la mercancía es encarar una realidad opuesta. La nueva entidad urbana surgida del declive de la ciudad histórica se diseña como sistema carcelario de conurbación de áreas residenciales idénticas y encadenadas que ordenan y aprisionan el territorio al tiempo que inmovilizan la vida que allí acontece. Semejante modelo de desarrollo urbanístico responde al proyecto totalitario del poder de disolver la conciencia y la memoria de la vieja urbe e impedir que sus habitantes conserven el contacto con aquello que testimonie valores de otras épocas y pueda inspirar sus vidas. Es una actuación erosiva que afecta especialmente a los centros de las ciudades y se dirige a allanar y sanear un paisaje urbano abigarrado, insalubre y peligroso, hasta conseguir que aparezca, finalmente, el rostro terso y dócil que atrae el consumo.

La nueva ciudad carece no sólo de capas sucesivas de acontecimientos sedimentados a lo largo del tiempo capaces de animar a sus moradores; se halla igualmente desprovista de miradas que puedan vivirla, pues el capital humano disponible para construir el devenir histórico de tal distopía es una miríada de seres indiferentes al descalabro de la ciudad histórica. Inmersos en un delirio aséptico, cobijados y guarecidos de los peligros de la vida en sus coches y casas, aislados e inmovilizados ante el teclado y la pantalla, ¿pueden los incidentes desfallecidos de sus vidas dejar alguna huella en las piedras de la ciudad?

A un espacio adocenado corresponde una experiencia anestesada: el aire de la ciudad ya no nos hace libres. Muy al contrario, la sociedad tecnológica que conecta desde el aislamiento origina desarraigo y disgregación social, o bien una cohesión perversa que se vale de la mercancía a cuyo falso calor nos congregamos. Consecuencia de todo ello es que la tensión, el palpito y la sensualidad de la vida social pierdan fuerza y se ami-

nore el riesgo del encuentro, el desafío de la mirada directa, el roce del juego en la calle o la carnalidad del abrazo. La descarga afectiva que habitaba en ellos se concibe hoy como un arcaísmo: comportamientos residuales que ya pocos conservan; los viejos los traen del pasado, la población inmigrante de otros lugares. Restos o ruinas, generan desasosiego y amenaza.

Puede ocurrir que estas ruinas vivenciales *irrumpan* en la cotidianidad y que, como una aparición, su presencia sobresalte. Describiré una escena de la que fui testigo recientemente: una pareja de jóvenes pasea con su bebé y sus perros y es abordada por un anciano que, ansioso de conversación, se dirige a ellos en estos términos: «¡Qué felices debéis de estar, con un niño y dos perros!». Ante esta cándida manifestación de calor humano, la pareja huye despavorida sin dar respuesta, como si hubiera visto un fantasma. Poco después de este hecho, leo en el periódico una noticia que relaciono con la escena descrita: el personal médico y asistencial de cierto hospital madrileño reacciona con pavor similar, esta vez teñido de odio racial, cuando un grupo de gitanos, ante la noticia de la muerte de un familiar, penetra violentamente en el centro sanitario con la pretensión de sustraer el cadáver para velarlo en el seno de su comunidad.

En ambos casos se pone de manifiesto la reacción hostil ante la extrañeza que provocan –atrincherados como estamos en la seguridad de nuestro aislamiento, confortablemente cobijados– ciertas formas de comportamiento que se consideran anticuadas. En el primer caso se trata de la repulsa a toda comunicación si no está mediada y a todo contacto con el otro y lo desconocido, especialmente si ese otro tiene aliento envejecido. En el segundo, se hace evidente el brutal choque entre dos formas diferentes de enfrentar el desamparo absoluto: la eficacia aséptica de la modernidad técnica que ignora la muerte porque también rechaza la vida y encara aquélla como un paso más

del protocolo sanitario donde todo debe inspirar normalidad y contención, y el desgarrar arcaico de una cultura que asume la muerte como parte de la vida e intenta integrarla en un ritual de duelo.

Semejantes a esas formas de vida pasadas de moda, ruinas intangibles del pasado, son también escombros abandonados por el «viento del progreso» aquellos lugares de la ciudad acosada que aún resisten milagrosamente la amenaza de la piqueta, diseminados aquí y allá. Restos del campo de batalla de una destrucción infligida a sangre y fuego son ciertas calles y rincones, establecimientos comerciales o bares; campos cultivados en medio del paisaje postindustrial; fragmentos de naturaleza indómita, auténticas islas del tesoro en el océano de cemento; fábricas abandonadas o antiguos almacenes y talleres en desuso, y pienso aquí en las edificaciones propias del paisaje industrial desechadas por el recambio económico, cuyo estado de decadencia compone una poética de la desolación tan inspiradora, y no en la arqueología industrial asociada al turismo y al maquilaje urbano. Son todos ellos vestigios de una economía caduca que compone un mundo en los márgenes empeñado en permanecer a toda costa y en no consentir el cumplimiento de norma alguna que pueda incluirles en el circuito productivo. Son todos ellos lugares difíciles de transitar pues causan desconfianza o, simplemente, pasan desapercibidos por su absoluta pobreza, convirtiéndose a menudo en refugio de una población apartada por las exigencias de la economía. Todos ellos remiten necesariamente a otro tiempo y a otra vida.

Plenos de soberana inactualidad y afirmativa inutilidad, unos y otros –lugares y formas relacionales– se cargan de propiedades y significaciones inéditas e insospechadas. Su presencia conmueve, pues siendo ámbitos privilegiados de la memoria social y psíquica común denuncian, por contraste, la

miseria y el absurdo de la vida actual configurándose en microclimas bajo cuyas borrascas y anticiclones es posible alcanzar un estado de ánimo en el que nuestros afectos convulsionados quedan predispuestos a la vivencia de lo maravilloso, entendido lo maravilloso como experiencia encarnada en el palpito de ciertos momentos de turbación que rompen la cotidianidad pues alumbran la opacidad de la misma y destemplan el orden de lo habitual. Es bajo este estado de suspensión que entra en funcionamiento todo un bagaje común al ser humano, que se halla habitualmente amordazado por las exigencias productivas y por el ritmo alienante de la vida cotidiana. Lejos de todo reduccionismo, tales cualidades contribuyen a dilatar la experiencia de lo real al desencadenar el pensamiento analógico, el delirio interpretativo o el desbordamiento poético. A través de estos estados de suspensión es posible adentrarse en lo desconocido y experimentar una expansión del sentido de lo real.



Una afinidad pasional hacia lo ruinoso me dirige hacia lugares donde el tiempo se asoma, atraída por su aura¹. Con mucha vida a su espalda, es difícil no imaginar que allí se dieran las formas de vida apuntadas más arriba.

Paseando por el casco viejo de Palma de Mallorca, encuentro un establecimiento antiguo, se trata de una óptica. Como ocurría hace tiempo, el reclamo publicitario, unos anteojos de gran tamaño, ha sido dispuesto en el exterior, a la altura en que se ubica el rótulo del comercio. Es la potencia de la fisicidad del

1. Los objetos usados, a mi modo de ver, llevan impregnados los afectos y vivencias de aquellos a quienes pertenecieron. Durante un tiempo me impuse a mí misma rodearme de objetos usados: las cosas nuevas me producían cierto recelo al no haber sido manoseadas.